

Doce Errores que no Podemos Cometer en la Nueva Evangelización de Europa

Nelson Medina, O.P.

0. Introducción

Es desconcertante y triste ver a Europa dar la espalda a sus raíces cristianas, no sólo ni principalmente por lo que digan los papeles de una supuesta Constitución, sino ante todo porque la mayor parte de la gente se pronuncia en contra de las enseñanzas de la Iglesia y del Evangelio, especialmente en lo que atañe a la moral de la familia y el respeto a la vida frágil (aborto, eutanasia).

Ante un cuadro así, es muy humano querer ver resultados pronto, es decir, querer que muy pronto salga a luz un cristianismo renovado, vigoroso, y a la vez, fiel a sus raíces multiseculares, con real incidencia en la vida pública y en la sociedad. Es entendible, digo, que quienes somos cristianos católicos, por la gracia de Dios, anhelemos ver que todo el desconcierto, el cinismo y el libertinaje retroceden al fin y que llega un tiempo de orden, de respeto a Dios y a sus leyes, y de celebración fervorosa de sus misterios.

El desconcierto y el dolor, sin embargo, puede llevarnos a actitudes erradas. He estado meditando en ello y quiero compartir lo que he llamado "Doce Errores que No Podemos Cometer," porque en realidad cada error hará más dolorosa la espera y más largo el camino.

Esta es la lista que veo en este momento:

1. Declararnos derrotados.
2. Apelar a una rutina juiciosa y seguir como si nada pasara.
3. Añorar el pasado y refugiarnos en él.
4. Vender más barato el Evangelio.
5. Disparar anatemas contra todos.
6. Fiarnos demasiado de la apologética y los argumentos.

7. Poner las esperanzas en el diálogo interreligioso, el movimiento ecuménico o las causas sociales compartidas.
8. Encerrarnos en los grupos piadosos.
9. Querer resolver los problemas con manuales, cánones y rúbricas.
10. Reemplazar a los sacerdotes con otro tipo de personas.
11. Centrar las fuerzas en la visibilidad política o en la relevancia social.
12. Suponer que veremos la cosecha.

Aunque esta lista nace en Europa, específicamente en la Irlanda de finales del 2004, pienso que guardadas las proporciones puede servir en otros contextos.

1. Primer Error: Declararnos derrotados

Por supuesto, este es el primer error: entregar las armas. Cosa que tienta, para ser francos, porque no es fácil ver el éxodo masivo y cortés de católicos hacia las tiendas del agnosticismo, el ateísmo práctico o los cultos eclécticos y esotéricos de moda.

En algo más de un año que llevo en Irlanda puedo dar fe del decrecimiento de la asistencia a la Eucaristía, tanto entre semana como en los domingos. Lo religioso se vuelve un adorno que añade una pizca de solemnidad y de raíz tradicional a momentos aislados de la vida de la gente: bautismos, matrimonios y funerales. Es de buen gusto una referencia discreta a la religión en tales ocasiones. Pero si alguien pretende que la religión tenga peso específico en la cultura, la ciencia o sobre todo las leyes, pronto se enfrenta con una muralla de escepticismo y un alud de reproches e ironías.

Por otra parte, los ministros van a escasear cada vez más. En los últimos cuatro años han muerto cerca de veinticinco frailes dominicos. En el mismo periodo han entrado seis. La Arquidiócesis de Dublín tenía cuatro seminaristas de primer año hace unos cuantos meses; no sé si eso haya cambiado. Me sorprende que organizaciones tan robustas como la Legión de María, que tiene su Directorio Mundial aquí mismo, resulten pidiendo ayuda a sacerdotes extranjeros como es mi caso. Todo eso indica que hay espacio y razón sobrada para el desconcierto y el desaliento. No puedo imaginar completamente qué podrán sentir los padres que conocieron la tradicional Irlanda católica, aquella en la que el sacerdote podía preparar la misa contando las hostias de acuerdo con el número de parroquianos.

Pero una cosa es sentirse desalentado y otra declararse en derrota. La pregunta es cómo vencer el desaliento cuando ves que la casa se te va quedando sola, que tu mensaje no es atacado sino que es irrelevante, y cuando las fuerzas vivas de la sociedad prescinden de todo aquello a que has empeñado tu vida.

He aquí algunas claves que he encontrado y me han servido:

a. El cristianismo no tiene que ser una religión de mayorías. Cuando Pablo llegó a Corinto o cuando Pedro habló el día de Pentecostés no eran mayoría. Su mensaje fue calificado de ridículo, escandaloso, necio, subversivo y mil cosas más. Les valió cárcel, mofa, destierro, exclusión y también indiferencia. En cierto sentido, ser cristiano es estar dispuesto a ser minoría y lo anormal es lo contrario. ¡Preocúpese la Iglesia cuando sea mayoría!

b. Miremos el conjunto. Hoy la fe florece en muchas partes del mundo. ¿Tenía que estar siempre en primavera y creciendo en estas tierras? Sería de desear pero las cosas humanas no suelen ser así. De modo que: mira el conjunto, gózate de la sabiduría y providencia de Dios que, a través de las fronteras de las naciones, hace circular su gracia y mueve a unos pueblos a humillarse viendo lo que él hace que suceda en otros, como ya sucedió con los judíos y los griegos.

c. Piensa en el corazón; recuerda el mensaje del invierno. Ya Karl Rahner habló de la "invernada" de la Iglesia en Europa. El corazón que palpita necesita recoger la sangre que luego enviará por todas las venas. Si nos corresponde vivir un tiempo en que se está gestando una nueva y más hermosa síntesis de la fe, ¿nos quejaremos de ello? ¡Hay muchas cosas grandes y buenas que traerá el futuro, y entre ellas están frutos que ahora mismo se preparan en la humildad de una fe sin ostentación!

2. Segundo Error: Apelar a una rutina juiciosa y seguir como si nada pasara

Otros ven las cosas de un modo menos trágico y más estoico. Su consigna es "Sigamos haciendo bien lo que sabemos hacer bien. La tormenta pasará y la gente volverá."

Hay un núcleo valioso de esperanza y de deseo de fidelidad en estas palabras pero también hay riesgo de miopía ante los signos de los tiempos. Cuando los cristianos fueron expulsados de Jerusalén hubieran podido quedarse en ciudades

pequeñas y menos problemáticas como Jericó y allí esperar a que "pasara la tormenta."

No fue eso lo que hicieron. Asumieron el momento con energía y se sintieron impelidos a predicar en otros lugares porque recordaban bien las palabras de Cristo: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Así que asumieron el momento y empezaron a predicar en toda Judea y Samaria, y pronto iniciaron misiones hacia los confines del mundo conocido.

Otro ejemplo bíblico que viene al caso es aquel de las consignas que Cristo da a sus misioneros. Es interesante lo que advierte el Señor cuando los misioneros experimentan fracaso. Dice: "Y cualquiera que no os reciba ni oiga vuestras palabras, al salir de esa casa o de esa ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies" (Mt 10,14). Evidentemente es un gesto de despedida, y esto no es ni mucho menos obvio. Jesús hubiera podido decir: "Si no os reciben, quedaos con disimulo y discreción hasta que vengan mejores tiempos." No hizo eso. Los invitó a salir de ahí.

Otro pasaje del mismo capítulo de Mateo indica algo parecido: "Seréis odiados de todos por causa de mi nombre, pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo. Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque en verdad os digo: no terminaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre" (Mt 10,22-23). Yo destacaría de ese texto que si nos cierran una puerta, procedemos con la siguiente. Lo que no cabe es imaginar cristianos repitiendo el mismo gesto, tocando la misma aldaba, ante una puerta que no quiere abrirse. Somos humildes pero eso no quiere decir que tengamos que persuadir a fuerza de humillarnos y rogar a la gente que se convierta. No nos están haciendo un favor con su conversión.

Miremos, a partir de una escena, cuál fue la práctica más común en los Hechos de los Apóstoles. Sucedió en Antioquía de Pisidia: "Los judíos instigaron a las mujeres piadosas y distinguidas, y a los hombres más prominentes de la ciudad, y provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de su comarca. Entonces éstos sacudieron el polvo de sus pies contra ellos y se fueron a Iconio. Y los discípulos estaban continuamente llenos de gozo y del Espíritu Santo" (Hch 13,50-52).

No se quedaron alegando, ni defendiéndose, ni esperando mejores tiempos: "se fueron a Iconio." A veces creo que la Iglesia debería recuperar agilidad para ser capaz de dejar lugares, estilos, estrados. No es la Iglesia la que tiene que

rogarle al mundo que le preste atención. ¿No habrá por ahí muchas "Antioquías de Pisidia" que hay que dejar con alegre desembarazo y gozosa marcha?

Con todo, este principio de "agilidad" debe aplicarse con discernimiento y sabiduría. Sería erróneo sacar conclusiones como la que sigue: "Puesto que la gente no reza el rosario, intentemos conciertos de rock metálico." La idea no es cambiar la propuesta a ver qué termina gustando a los "clientes." Pero tampoco es cambiar de gente y quedarnos eternamente con la misma estrategia de evangelización. No se trata de danzar en torno a las mismas personas ofreciéndoles unas cosas y otras, ni se trata de anclarse a los mismos estilos repitiéndolos rutinariamente ante distintos públicos. Se trata de ser libres de los destinatarios, porque no requerimos de su aprobación, y libres de los modos y propuestas porque en ellas no estriba la salvación.

3. Tercer Error: Añorar el pasado y refugiarnos en él

Cuando las cosas se vuelven confusas y los límites borrosos queda siempre la tentación de cerrar los ojos. Una vez que negamos el presente, el siguiente paso será refugiarnos en un futuro fantástico o en un pasado idealizado. La experiencia muestra que es esto segundo lo que suele suceder. El precio, desde luego, es volvernos inútiles para el presente que hemos empezado por negar.

Vistas desde la distancia, las cosas se van coloreando con el cariño que tenemos por nosotros mismos. Somos fruto de nuestro pasado, que viene a ser como nuestro padre. Es fácil por ello trasladar al pasado la gratitud que tenemos por todo aquello que hizo posible que llegáramos a ser lo que somos. Esto es muy humano y muy bello; pero entraña el riesgo de un engaño, porque no usamos los mismos lentes de color rosado cuando miramos el presente, y en ese sentido caemos fácilmente en injusticia.

Este engrandecimiento del pasado es más seductor aún si te encuentras rodeado de tanta historia, rica y fecunda, como la que tiene Europa. Uno podría gastar la vida sólo estudiando, admirando y queriendo entender la miríada de detalles y lecciones que abundan en calles, libros, películas, e incluso canciones u obras de arte. Todo ello produce una sensación de que hay "una" Europa y que a ella puede apelarse como punto de referencia normativo para lo que "debe ser" Europa.

Un análisis más detenido muestra pronto que la unidad de Europa ha sido más un ideal constante que una realidad lograda. Intereses políticos, religiosos y

filosóficos han estado en pugna hace muchos siglos, y de hecho la actual avanzada de indiferencia religiosa y fundamentalismo laicista no es sino un episodio más en esa larga serie de conflictos. En un océano de olas tan constantes, ¿hay realmente espacio para la nostalgia de un pasado glorioso?

Quienes miran con nostalgia hacia la Europa cristiana tienen obviamente mucho a qué mirar, ya se trate de la Edad Media, de la Contrarreforma Católica o de la Lucha Antimodernista. Es posible incluso añorar el tiempo de los monasterios y de las escuelas abaciales y catedralicias. El punto es que ninguna de esas fórmulas fue ni tan perfecta ni tan completa ni tan definitiva como suelen presentarlas sus partidarios. Cada uno de esos puntos pertenece a una línea, quebrada, accidentada y sinuosa, que llega también hasta nuestro tiempo. No hay razón para pensar que el conflicto tenga que detenerse sólo porque nosotros hemos llegado al mundo.

Sostengo, pues, que añorar el pasado es situarse en el ángulo exacto para fallar el tiro. El pasado existe, con su carga de lecciones y de coraje para nuestras propias luchas, pero existe como parte de una Historia que nos incluye y que seguirá más allá de nosotros.

4. Cuarto Error: Vender más barato el Evangelio

El mundo globalizado que nos ha correspondido en suerte vive bajo el signo del mercado, y ello significa, bajo las frías leyes de la oferta y la demanda. Existe la tentación de entrar al mercado de las religiones y ver qué quieren los posibles "clientes" para adecuar la propuesta a sus intereses y gustos.

Cuando escuchamos a muchos decir que la Iglesia Católica "tendrá" que adoptar la democracia o "tendrá" que ceder frente al rechazo de su moral sexual o familiar, se está argumentando bajo la premisa de que el mercado reina y manda, y que someternos a él es nuestra única posibilidad de supervivencia. Según eso, hay que rebajar los estándares de moralidad y adecuarlos a lo que resulte más consumible y aceptable hoy. Según eso también, la liturgia es una construcción creativa de la comunidad que debe responder a lo que guste a los implicados. Es la idea de vender más barato al Evangelio, a ver si poniéndolo en la canasta de rebajas la gente vuelve sus ojos al producto.

No es difícil refutar, por lo menos teóricamente, este planteamiento. Por lo pronto, ¿dónde está en la Biblia esa idea de que lo popular es lo correcto? Más bien lo que encontramos en las Escrituras es que la presión de la gente es a

menudo una señal del camino equivocado. El becerro de oro, imagen de todas las idolatrías, fue hecho por presión popular, según recuerda el relato del Éxodo (32,21-24):

"Entonces dijo Moisés a Aarón: ¿Qué te ha hecho este pueblo para que hayas traído sobre él tan gran pecado? Y Aarón respondió: No se encienda la ira de mi señor; tú conoces al pueblo, que es propenso al mal. Porque me dijeron: 'Haznos un dios que vaya delante de nosotros; pues no sabemos qué le haya acontecido a este Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.' Y yo les dije: 'El que tenga oro, que se lo quite.' Y me lo dieron, y lo eché al fuego y salió este becerro."

No podemos esperar que salga nada mejor de la presión de los *lobbies* y *colectivos* que hoy quisieran moldear a la Iglesia a su gusto y capricho.

Esto supuesto, habrá que evitar el otro extremo, que también se da: creer que si la gente no entiende es problema de ellos y que si se van, que les vaya bien. No estamos para vender barato lo que costó Sangre de Cristo pero tampoco para poner peajes y aduanas al regalo de la salvación que sólo llega por gracia.

5. Quinto Error: Disparar anatemas contra todos

Es apenas normal que el avance de los enemigos cause, no sólo dolor o rabia, sino también temor. La Iglesia, en la medida en que está compuesta por seres humanos, participa de esa "normalidad" y puede obrar a veces guiada por el miedo. En tales circunstancias su discurso y sus acciones toman una actitud defensiva.

Hay muchos modos de explicar y de justificar las estrategias defensivas; lo que yo no veo, y sobre todo, no veo en el Nuevo Testamento, es una Iglesia a la defensiva. Lo que encontramos es una Iglesia que defiende su fe no una Iglesia miedosa y en actitud defensiva.

No es tan fácil caracterizar con objetividad en qué consiste el miedo porque es un hecho que la Iglesia tiene que protegerse y proteger aun más el tesoro de la "sana doctrina." Después de todo, las recomendaciones de san Pablo a Timoteo no fueron escritas porque sí.

"Te encargo solemnemente, en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, por su manifestación y por su reino: Predica la

palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción. Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oídos, acumularán para sí maestros conforme a sus propios deseos; y apartarán sus oídos de la verdad, y se volverán a mitos. Pero tú, sé sobrio en todas las cosas, sufre penalidades, haz el trabajo de un evangelista, cumple tu ministerio" (2Tim 4,1-5).

¿Cómo identificar qué parte de este texto es "celo por la pureza del Evangelio" y qué parte es "miedo"? Evidentemente no se trata de separar con tijera los versículos de una o de otra tendencia. Lo "objetivo" del miedo no está en la manera como se caracteriza el error sino en el afán de caracterizar la verdad. Definir qué es lo errado es un deber; querer encasillar lo correcto es una opción, una opción que usualmente brota del miedo.

Encasillar lo correcto es pretender objetivar en fórmulas únicas lo que creemos. Tener fórmulas de la fe o símbolos de la fe es bueno; es saludable y necesario, y nuestros legítimos pastores hacen bien en proponer tales fórmulas a modo de normas para los creyentes. En cambio, pretender que ya contamos con una expresión completa, última o definitiva de lo que creemos es en realidad un retroceso: algo que nos acerca al régimen de la Ley de Moisés o al estilo hermenéutico del Corán.

SOBRE LOS DOGMAS

Esto nos lleva derechamente al problema de los dogmas. ¿Qué es un dogma? ¿No se supone que es una "expresión completa, última o definitiva de lo que creemos"? Pues no. Los dogmas valen más por lo que niegan que por lo que afirman. Un dogma es una declaración vinculante que nos permite reconocer los "callejones sin salida," para usar la imagen de Herbert McCabe. Si alguien dice que Cristo no es Dios se está metiendo en un callejón sin salida porque no podrá dar razón de una porción importante de textos de la Sagrada Escritura. Pero ello no significa que con decir que "Cristo es Dios" ya tengamos resuelta o entendida nuestra fe.

La verdad es que cuando decimos que "Cristo es Dios" lo que estamos diciendo es: "No cabe afirmar que Cristo no sea Dios." Cosa que no cierra el diálogo, porque al decir que "Cristo es Dios" todavía tenemos que decir muchas cosas para no meternos en otros callejones sin salida. De hecho, no es claro a primera vista que pueda decirse que Cristo es Dios, que Cristo ora y que Cristo es uno. No estoy jugando con las palabras sino mostrando que un dogma, mucho más que un término de llegada es un nuevo punto de partida. Y en el fondo esa es la diferencia entre

un dogma y una herejía: la herejía cierra la búsqueda porque te deja encerrado en la contradicción; el dogma abre, despeja el camino e invita a seguir.

Supongamos que ponemos como norma que los creyentes digan que "Cristo es Dios." Eso nos tranquiliza, por lo menos parcialmente. Nos hace sentir que no van a caer en herejía; pero en realidad hay algo de ilusorio en esa tranquilidad. Decir que "Cristo es Dios" salva sólo de UNA herejía, la de decir que Cristo no es Dios. Y la lista de las herejías es infinita porque la fe puede ser expuesta y ahondada sin límites.

EL PRINCIPIO DE UNIDAD DE LA FE

Lo que quiero decir es que la tranquilidad no puede venir de los errores que cazamos. El principio de unidad de la fe no viene desde fuera, en el catálogo de errores, sino desde dentro en la acción del Espíritu Santo en el creyente. El catálogo de errores es necesario pero la paz y la unidad de la Iglesia no vendrán de él. Y si un pastor no puede identificar la integridad de la fe sino por sus signos exteriores se está quedando a mitad de camino, o tal vez menos.

El signo exterior, la profesión o símbolo de la fe, es algo requerido pero absolutamente insuficiente. Y ahí está el punto: cuando sólo hay eso, cuando el único recurso del Magisterio o del Obispo es requerir actos propios del fuero externo, estamos renunciando a una parte sustancial de la Nueva Alianza; de algún modo estamos dando la espalda al Nuevo Testamento.

Una Iglesia a la defensiva es una Iglesia que trata de atenerse a lo que le parece seguro y que se aferra con visible apuro a lo exterior de unas tesis para las que reclama asentimiento. Lo cual es mucho mejor que dejar entrar a las herejías (o por lo menos: a las herejías ya identificadas) pero es evidente que, como solución, no llega a tender puentes reales con el lugar donde sucede o se pierde el milagro de la fe, es decir, con el corazón humano.

Además, aunque una Iglesia repleta de anatemas y de excomuniones puede frenar muchos errores, y en ello hace bien, también crea un ambiente enrarecido que termina ahogando a los que quiere salvar. Es claro que en ciertas circunstancias hay que denunciar al error, con anatema, si es preciso; es claro también que en ciertos casos de contumacia hay que señalar a los maestros del error; pero debería estar mucho más claro que esas intervenciones drásticas, si se vuelven un estilo de gobierno, traen una cantidad temible de efectos colaterales, que incluyen el freno a la investigación teológica y sobre todo la entrada rampante

del estilo político palaciego: intrigas, denuncias, espías. Esto no es ciencia ficción; es lo que ya han vivido cristianos reales en el siglo XX.

MÁS ALLÁ DE LA SEPARACIÓN DE "FUEROS"

La Nueva Evangelización no puede limitarse a disparar anatemas o confeccionar exhaustivos catálogos de errores. El proceso es: del corazón a la boca (Mt 15,18; Lc 6,45); de la compunción a la conversión (Hch 2,37); de la convicción interior al testimonio exterior creíble (Hch 4,32-33; 8,37).

Consecuentemente, lo primero que hace Jesús para recuperar a los discípulos es acompañarlos (Lc 24,15), oírles sus dudas y tristezas (Lc 24,17-24) y luego ponerles fuego en el corazón (Lc 24,32). Este proceso pedagógico no parece que pueda ser obviado: tendría que ser el proceso de la Iglesia en Europa, así como en otras partes del mundo.

San Pablo dijo: "Si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación" (Rom 10,9-10). Es interesante el vínculo entre los fueros llamados "interno" y "externo" en este último texto. El evangelizador se ocupa no sólo de lograr que se confiese "con la boca" sino ante todo que se crea "en el corazón."

Acostumbrados como estamos a las divisiones de "fueros" en el Derecho Romano, puede parecer que "desde afuera" lo único que se puede hacer es atenerse a lo exterior y comprobable, es decir, atenernos a que la gente no pronuncie con su boca cosas contrarias a la profesión de la fe, mientras dejamos que lo de su corazón quede incógnito e incontrolado, más o menos como se entiende la vida privada en Occidente. Ese modo de pensar nos parece el normal y natural, pero ¿tiene que ser así? ¿Es ese el pensamiento de la Escritura? ¿Realmente no hay más que decir, sino que la gente debe recitar algunas cosas sin que nosotros estemos nunca seguros de qué hay en sus corazones?

Muy al contrario, hay varios pasajes significativos que muestran que el Espíritu Santo, que ha "sellado" nuestros corazones (2 Cor 1,21-22), a algunos por lo menos concede el don del discernimiento de espíritus (1 Cor 12,10). Hay pasajes que debemos tomar en serio, con todo lo que implican, como esa capacidad de "ver" la fe en Mt 9,2: "Le trajeron un parálitico echado en una camilla; y Jesús, viendo la fe de ellos, dijo al parálitico: Anímate, hijo, tus pecados te son perdonados."

Y un ejemplo que impacta aún más es el del apóstol Pablo, según relata Hch 14,8-10: "Había en Listra un hombre que estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo desde el seno de su madre y que nunca había andado. Este escuchaba hablar a Pablo, el cual, fijando la mirada en él, y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo con fuerte voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él dio un salto y anduvo." ¿Qué hubiera sido de ese hombre si el apóstol le hace un cuestionario o se ciñe al fuero externo?

En resumen: la Iglesia está facultada por el Espíritu Santo para ir mucho más allá de las constataciones propias del fuero externo, es decir, de lo que es objetivamente comprobable a través de palabras, series de tesis o declaraciones firmadas. La Iglesia necesita este tipo de referencias y tiene el derecho y el deber de usarlas, pero mucho más allá de ellas, goza del don de acompañar en sus dudas a los que tambalean y tiene la gracia de poner fuego en el corazón de los tibios o endurecidos. Como norma general, ello habrá de ser principio vital de acción en la Nueva Evangelización.

6. Sexto Error: Fiarnos demasiado de la apologética y los argumentos

Para un temperamento tan racional como el mío fue duro al principio admitir que la Biblia no le da tanta importancia a la capacidad de argumentar ni a la presentación de razones. Yo creo que un texto representativo es 1 Tim 1,3-4:

"Como ya te rogué al irme a la región de Macedonia, quédate en Éfeso, para ordenar a ciertas personas que no enseñen ideas falsas ni presten atención a cuentos y cuestiones interminables acerca de los antepasados. Estas cosas llevan solamente a la discusión y no ayudan a conocer el designio de Dios, que se vive en la fe" (Versión de Dios habla hoy).

Más fuerte tal vez es otro texto de esa misma Carta: "Si alguno enseña una doctrina diferente y no se conforma a las sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido y nada entiende, sino que tiene un interés morboso en discusiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, y constantes rencillas entre hombres de mente depravada, que están privados de la verdad, que suponen que la piedad es un medio de ganancia." (1Tim 6,3-5)

Las dos cosas que parecen claras a partir de estos dos pasajes son: que las discusiones no ayudan a conocer el designio de Dios y que de ellas sólo nacen

divisiones y blasfemias. Otros pasajes incluso añaden más cosas, igualmente descalificantes: de las discusiones nada de provecho ni de valor vendrá (Tit 3,9).

El problema es que cuando contempla la hermosura y coherencia de nuestra fe católica y se siente capaz de exponerla muy fácilmente entrará en discusiones con los que no creen en Dios o con los que se han separado de Cristo o de la Iglesia. Para consuelo nuestro, hemos de saber que el mismo apóstol Pablo, aquí citado, gastó mucho de su tiempo, inteligencia y fuerzas en largas discusiones. De modo que si al final de su carrera las descalifica tan resueltamente es porque está hablando desde su propia experiencia.

En efecto, Pablo discutió tanto con judíos como con griegos. Con los primeros tratando de persuadirlos de que las promesas hechas a los patriarcas y por medio de los profetas tenían su cumplimiento en Cristo. Esto no funcionó muy bien pues su conclusión personal está bien resumida en la escena de Hch 13,45-46:

"Cuando los judíos vieron la muchedumbre, se llenaron de celo, y blasfemando, contradecían lo que Pablo decía. Entonces Pablo y Bernabé hablaron con valor y dijeron: Era necesario que la palabra de Dios os fuera predicada primeramente a vosotros; mas ya que la rechazáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles."

Con los griegos o "gentiles" no le fue mucho mejor, por lo menos en lo que respecta a discusiones. El ejemplo más conocido es el de Pablo en Atenas (Hch 17), cuando después de su magnífica pieza oratoria poco o nada logra, además de unas burlas en tono blasfemo.

Todo esto no quiere decir que la razón no pueda servir a la causa de la fe. Santo Tomás de Aquino da la medida, pienso yo, cuando indica que la razón ayuda a mostrar la incoherencia de los ataques contra la fe y sirve también para exponer mejor y más ordenadamente la fe a los que ya creen. Como se ve, no se trata de "demostrar" nada ni de ganar a la gente con argumentos sino sencillamente de "quitar obstáculos" como dice el Doctor Angélico.

Una Iglesia empeñada en evangelizar no puede fiarse mucho de la potencia de sus razones, no porque ellas no sean poderosas sino porque el único poder que cambia los corazones y abre a la fe es el poder del Espíritu Santo. Creer, incluso cuando ha precedido alguna apologética razonable, es siempre un milagro.

7. Séptimo Error: Poner las esperanzas en el diálogo interreligioso, el movimiento ecuménico o las causas sociales compartidas

Una tendencia muy propia de la Izquierda política ha sido la de fortalecer a los grupos más pequeños asociándolos entre sí. Gracias a este procedimiento, las minorías étnicas resultan haciendo bloque con partidarios de la ecología, colectivos homosexuales y grupos en contra de la guerra, por dar un ejemplo. El efecto esperado es que, lo que ninguno de ellos hubiera podido conseguir por sí solo, lo puedan conseguir sumando los votos de todos. El candidato que así resulte elegido se supone que queda obligado a seguir escrupulosamente una agenda que vaya dando su parte a cada uno de los pequeños grupos que le dieron la victoria.

A medida que la Iglesia Católica desaparece de la gran escena pública y se convierte de hecho en una minoría cultural y demográfica, no han faltado quienes aseguren que ha llegado la hora de empezar a hacer las alianzas políticas del caso. Según ellos, la Iglesia debería estar en la primera línea cuando se convoca el Foro Mundial Social, o cuando se habla de catástrofes ecológicas. Algunos van más lejos y quieren que sea la Iglesia quien luche en primer lugar contra las discriminaciones que sufren los homosexuales. Todo esto no carece de lógica, pues la Izquierda siempre tiene el recurso de ver en Jesús a uno que no se alió con el poder sino que se puso de parte de los excluidos de la sociedad judía de su tiempo: los publicanos, los samaritanos, las prostitutas, incluso los niños.

Detrás de estas propuestas de tipo pragmático hay una mentalidad esencialmente democrática y una pretensión esencialmente política. La mentalidad se resume en: "necesitamos ser mayoría porque en la sociedad se hace lo que diga la mayoría;" la pretensión se resume en: "una vez conquistado el poder podemos hacer avanzar nuestras propias agendas."

Así puestas las cosas, es evidente que estamos con un enfoque esencialmente ajeno, si no contrario, a la Sagrada Escritura. Es verdad que Cristo critica el abuso del poder, y en eso se parece a la Izquierda, pero ¿dónde están sus alianzas estratégicas para desbancar a los dominadores romanos o a la casta saducea? ¿Y en qué textos respaldaremos eso de que hay que lograr el poder para cambiar la sociedad?

Eso de "salvar" a la Iglesia uniéndola con otros es sencillamente un desconocimiento de la naturaleza misma de la Iglesia. Además, como lo demuestra el ejemplo de las alianzas político-nupciales de Salomón (1 Re 11,1-4),

los pactos con los intereses de esta tierra se pagan a precios demasiado altos. Una Iglesia repleta de amigos a los que no puede predicar con libertad su mensaje de conversión ¿tendrá algo que ver con la vida y el mensaje de Jesucristo?

Para ser justos, hay que notar que este no es un cuadro que haya venido a la Historia sólo por obra de la Izquierda. Muy de Derechas han sido tantos capellanes de reyes y emperadores, comprometidos hasta los huesos en defender imperios y ejércitos, ávidos de poder y de influencia en las altas cortes. Así que más que un asunto de ubicación política es un asunto de pureza de la fe y de asegurarse de tener un solo Señor.

De hecho, hoy se dan muchas versiones del tema que venimos hablando. Según una de ellas, la de Hans Küng, tendríamos que unirnos a las demás religiones en una reflexión compartida que engendre una Ética Mundial, una especie de mínimo común denominador que debería ser aplicable y exigible en todo el planeta. Según otra versión, lo primero es avanzar en el ecumenismo, silenciando en la práctica las diferencias menores que nos dividen a los cristianos. Según otra, debemos subirnos a la onda de "espiritualidad" que invade a la sociedad actual en forma de gnosticismo y Nueva Era, así esa espiritualidad empiece por negar el papel único y central de Jesucristo.

Lo que tienen en común estas y otras versiones (buen ejemplo de ellas se encontrará en la Asociación de Teólogos Juan XXIII, de España) es la convicción de que la Iglesia no logrará su propósito si no tiene relevancia social; y no la tendrá si no "hace bulto" junto a otros. La esperanza de ellos es que, cuando se logre la deseada relevancia, eso que sea norma para las masas tendrá todavía sabor de Evangelio.

Pienso que tal perspectiva entraña un error que podemos y debemos evitar. La Nueva Evangelización no excluye, por supuesto, que la Iglesia apoye que lo que otros apoyan, por ejemplo en causas como la ecología o el esfuerzo por detener la escalada armamentista, pero no deberíamos presumir que oponerse a las mismas cosas es sinónimo de estar del mismo lado. Esta diferencia debería quedar muy clara cada vez que parece que la Iglesia hace suya una causa.

De nuevo: ser cristiano no es asunto de perseguir a las mayorías preexistentes para reclamarlas como nuestras. Si un día volvemos a ser mayoría, con todas las ambigüedades y preguntas que eso también traerá, hemos de ganarlo a pulso, con la fuerza de un mensaje que sólo se pliega ante Dios y que no reconoce más alianzas que la Nueva y Eterna Alianza en la Sangre de Cristo.

8. Octavo Error: Encerrarnos en los Grupos Piadosos

Por no sé qué razón el término "grupo piadoso" tiene un tono despectivo que yo realmente quisiera evitar. Debo mucho a la piedad, no sólo por mi propia familia sino también por el contexto de los grupos de oración de la Renovación Carismática, que fue el ambiente en que nació y se fortaleció mi vocación a la vida religiosa y el sacerdocio.

Y sin embargo, veo un peligro en aquello del dicho inglés, "predicar para el coro," es decir, quedarnos recirculando un mismo lenguaje y reciclando unos mismos recursos emocionales. Tal cosa sería traicionar la vocación misionera que es esencial de la Iglesia.

La piedad es buena y necesaria. Sin el calor de espíritu, sin el ambiente de familia, sin la fuerza de esperanza que trae la piedad, no hay palpitación, no hay ritmo en la vida de la Iglesia. Una comunidad desprovista de piedad es como una casa hecha sólo de hierro y cemento: puede sostenerse en pie pero nadie querrá vivir en ella. El peligro estriba en sentirse uno tan confortable que no quiera ser confrontado. Es la tentación de quedarse en la casa para no soportar el viento y el frío de la noche.

Es más cómoda la sacristía; son más cómodas las sonrisas que ya conocemos y las confesiones que ya sabemos absolver; es más cómodo dejar que los demás piensen como quieran con tal de que nos dejen reunirnos como sabemos y donde sabemos. Y ya que sucede que nada quiere tanto este mundo democrático de cuño laicista sino que la religión se vuelva un asunto privado, nosotros le hacemos la segunda voz y le seguimos el juego convirtiendo nuestra religión en eso: un asunto privado. Ese es el peligro de encerrarse en la piedad.

Fernando Savater, declarado ateo, una vez comparó a los que gustan de los ritos religiosos con los que son aficionados a las carreras de caballos. Le estamos dando la razón cada vez que nos conformamos con existir como creyentes sólo dentro de los parámetros de una rutina diseñada al milímetro para no entrar en conflicto con las leyes estatales ni con lo "políticamente correcto."

Vana ilusión. El Estado se mete a la casa: legisla que se puede abortar, que mis vecinos pueden ser parejas homosexuales supuestamente aptas para adoptar niños y que el dinero de mis impuestos se usará para enseñar laicismo y promiscuidad en las escuelas. ¿A qué país del mundo tendríamos que ir para no padecer el acoso de campañas que apunten a esos fines? Doloroso en extremo reconocerlo: en estos aspectos nos llevan ventaja las teocracias musulmanas.

Pero no vamos a ser musulmanes. La solución será distinta y requerirá de paciencia, fortaleza y probablemente algunos mártires. Si lo público se mete a legislar así sobre lo privado, lo privado tendrá que hacerse valer frente a lo público. Esto significa hacer presencia activa o incluso beligerante allí donde usualmente no nos quieren o donde es arduo y costoso mantenerse: las cátedras, los medios de comunicación, las cámaras legislativas, los despachos judiciales, las mesas directivas.

Pero el reto no es sólo entrar a tales círculos. Si bien lo miramos, hay mucho de deseable y de seductor en cada uno de esos lugares, porque son lugares de poder. Y las mieles del poder pueden apartarnos del acíbar de la Cruz. No es difícil conseguir que algunos católicos estén en cátedras o curules prominentes; lo difícil es que estando allí no se olviden de la piedad ni tampoco renieguen del Nazareno que se vistió de humillaciones y de llagas para salvarnos.

Además, la tarea no es sólo para los nuevos líderes católicos, ¡es para todos! No es complicado organizar algunas protestas o recoger algunas firmas; lo complejo es que los que protesten en las calles, cuando hayan vuelto a sus casas dejen, por ejemplo, de consumir la telebasura que les envenena; porque la verdad es que en este mundo definido por el mercado nada serio se logra sin tocar los ingresos de los que lucran de la debilidad de todos. Hay que dañarles el negocio, no a fuerza de leyes, en primer lugar, sino haciendo uso organizado del poder que tenemos los consumidores: no consumir. Nuestro recurso más fuerte es el veto. Pero ponerlo en práctica, de modo que lo sientan los bolsillos de los que quieren que nos comamos sus ideas y sus productos, exige tiempo, disciplina y algo más.

Exige, en últimas, no encerrarnos en el círculo cómodo de los piosos aunque sin abandonar nunca la piedad. Y exige más aún. Hay que construir organizaciones católicas amplias, lideradas por hombres y mujeres llenos de honestidad y diligentes en la búsqueda de su propia santidad, que estén acompañados y dirigidos por pastores llenos de luz y de celo por el Evangelio. Tales organizaciones habrán de unir tres cosas: una formación espiritual y humana sólida, el uso de su poder de veto y un enfoque positivo capaz de proponer sin cansancio el Evangelio en su pureza y su alegría. La meta, aunque nos llamen carcas y oscurantistas, es una sociedad cristiana en alma y cuerpo. No hay otro modo de afirmar en serio que Jesús es el Señor.

9. Noveno Error: Querer resolver los problemas con manuales, cánones y rúbricas

Creecer duele. Superar malos entendidos cuesta. Sanar heridas toma tiempo. Deshacer prejuicios demanda caridad, paciencia y mucha sabiduría.

Para pasar de lo que hoy somos a lo que queremos un día ser como Iglesia hay que crecer, sanar, iluminar muchas cosas. Necesitamos ser más humildes, orantes, descomplicados, desprendidos de cosas, oficios, títulos y afectos particulares. Para eso requerimos de corazones nuevos, no simplemente de leyes claras, textos bien argumentados, ceremonias impecables.

Es importante, es muy importante, contar con adecuados manuales para la formación de los sacerdotes. Pero todo sacerdote tendrá que aprender que más allá del manual es Cristo vivo quien reclama toda su generosidad, su tiempo y su amor. El manual como tal es una bendición y es un instrumento maravilloso pero fiarnos demasiado de los textos es retirarnos del único apoyo que de veras puede sostenernos, es decir, la unión viva con el único que es cimiento, Cristo Jesús.

Tema distinto son los cánones. Para mí no hay discusión en cuanto a que la Iglesia requiere de un código de cánones o de derecho canónico. Tuve la fortuna de contar con buenos profesores de Derecho que me enseñaron no sólo a ver la necesidad práctica de las normas (cosa que es cierta en todo grupo humano) sino a valorar y aprovechar el modo de redacción del actual Código, que en muchos aspectos es casi un libro de meditación, de teología y de vida espiritual.

El problema, una vez más, es acudir temprana o excesivamente a la ley. Hay quienes quieren solucionar las confusiones teológicas con tandas de excomuniones que amedrenten al resto. Es bueno preguntarse cuánta responsabilidad tiene la Iglesia como tal cuando uno de sus hijos asume el camino de la herejía. Hay casos de sacerdotes que sólo tienen una conversación larga con su obispo cuando llega el tema de si van a ser suspendidos, reducidos a estado laical o penalizados. En tales casos un proceso canónico puede salvar el honor de la Iglesia pero no salvará a la Iglesia misma. Es verdad que los juicios y penas tienen su razón de ser, pero ¿qué ha sucedido para que se llegue a ese punto? No deberíamos esquivar nunca esa pregunta.

Y en cuanto a las rúbricas, cabe una anotación que tiene su parecido con lo ya dicho. Bien está que la liturgia recoja el caudal de vida y de hondos contenidos

que viene de una historia tan venerable como la que tiene nuestra Iglesia Católica, pero ¿por qué suponer que esa historia ha quedado ya terminada?

De acuerdo: hay que vencer la plaga de caprichos y de creatividad liviana inspirada más en modas y en humanismos de última hora que en otras cosas. Pero entre la excentricidad sicodélica y las rúbricas inamovibles, ¿no falta un punto medio?

Hacer del canon, el manual o la rúbrica un estandarte o una estrategia de gobierno paga dividendos, quizá, pero sólo en el plazo inmediato. Para todo lo demás, que es casi todo, necesitamos mucho más.

10. Décimo Error: Reemplazar a los sacerdotes con otro tipo de personas

Casi desde que inicié el camino de la vida religiosa he escuchado este argumento: "Es absurdo que en lugares donde no hay sacerdote se impida que un laico presida la eucaristía. ¿Por qué privar de la celebración central y fuente de nuestra fe a esa pobre gente sólo porque falta un cura?" Es decir: solucionemos la escasez de sacerdotes con laicos.

Otras veces la cosa se plantea en términos del celibato: solucionemos la escasez de célibes con hombres casados que sean ordenados. O en términos de género: solucionemos la rigidez y el autoritarismo típicamente masculinos con sacerdotisas. O en términos prácticos: solucionemos la escasez de buenos confesores con terapistas y psicólogos.

¿Qué tienen en común todas estas "soluciones"? Que miran al sacerdote como un funcionario; literalmente, alguien que realiza unas funciones. Si no las puede o quiere realizar o si no hay el personal suficiente para realizarlas, pues se aplica el principio de subsidiariedad y que sean otros quienes lo hagan. Esto parece tan lógico a sus defensores que lo contrario se les antoja no sólo erróneo sino de todo punto sospechoso: "¿Por qué no quieren que haya sacerdotisas? ¡Por el inveterado machismo!"; "¿Por qué no quieren que haya sacerdotes casados? Porque el celibato acrecienta las propiedades y el capital de la Iglesia-Institución"; etc.

Ahora bien, las "soluciones" de que hablamos no están en el mismo rango. No es lo mismo que un laico presida la eucaristía a que la Iglesia autorice la ordenación sacerdotal de hombres casados. Esto segundo podría darse como un cambio en la

disciplina eclesiástica para las comunidades católicas de Occidente, y aunque supondría un largo proceso de adaptación, no entrañaría contradicción con la enseñanza teológica vigente, lo que sí sucede con el caso de la presidencia de la eucaristía.

Sin embargo, y para efectos de nuestro tema, yo diría que, más incluso que los argumentos como tales, lo que aquí pesa es el modo de argumentar, un modo que en mi opinión conlleva un grave error en la concepción de la vida y el ministerio de los sacerdotes. Lo que está en juego es si el sacerdote es el responsable de unas funciones y actividades deducidas de la vida de una comunidad preexistente o si es partícipe del acto por el cual la Iglesia misma nace a partir de la transmisión de la fe que viene de los apóstoles.

El error es imaginar una comunidad que antecede al sacerdote y que por tanto goza de potestad para darse sus sacerdotes, los cuales en la práctica no serían tales sino "encargados," "coordinadores" o "responsables."

En Europa es muy intenso el sentido de lo que es una "función." El ideal democrático humanista supone personas iguales que realizan funciones diversas. La función queda desligada del ser de la persona porque todo lo que cambie el ser implicaría desigualdad, y por consiguiente reconocimiento de una autoridad intransferible sobre la cual los representantes democráticamente elegidos ya no tendrían poder efectivo: el Estado no puede "deshacer" la ordenación válida hecha por el obispo. Se trata, pues, de un asunto de poder: cómo someter al Estado democrático todo lo que suceda en los perímetros de la nación.

Y en este punto es interesante recordar que son varios los intentos de control que el Estado ha pretendido sobre los sacerdotes: desde la persecución abierta del comunismo que conduce hacia Siberia hasta los muros empinados del neocapitalismo que confinan en la irrelevancia, pasando por las "Iglesias Nacionales" (Galicanismo) y los varios intentos de confiscación de bienes o extinción de comunidades religiosas (Liberalismo decimonónico).

Se ve, pues, que aquello de cambiar al sacerdote volviéndolo laico, mujer o casado, no es sino un episodio más de esta larga lucha del Estado democrático por encerrar en su puño todo lo que tenga influencia social extensa. Sería un grave error permitirselo.

11. Undécimo Error: Centrar las fuerzas en la visibilidad política o en la relevancia social

En la mayor parte de Europa ser cristiano no es malo, a menos que uno quiera ser visible o públicamente cristiano. Paralelamente, ser sacerdote no es malo, a menos que uno quiera ser algo más que un funcionario, en los espacios y tiempos establecidos, para las personas que libremente quieran participar de los encuentros, entrevistas, reuniones o rituales que uno ofrece o lidera.

En lo que concierne a la fe en Cristo, el clima social se presenta a sí mismo como neutro aunque de hecho es adverso.

Por dar un ejemplo, ningún credo o postura de vida es ridiculizada públicamente en los medios como lo es el cristianismo. Por otro ejemplo: aunque la mayoría de los padres de familia de un pueblo quieran que sus hijos reciban educación cristiana con estatuto semejante al de las otras asignaturas, ello puede ser impedido en nombre de la democracia por un Estado, que como se ha dicho, dice ser "aconfesional" pero que en la práctica muestra un sesgo "anticonfesional."

Esta actitud hostil ha producido cristianos que tratan de vivir su fe sin banderas, o como dicen en inglés, sin "allegiance," tratando de que no se note demasiado que sí crees porque eso te aleja amigos, soporte, donaciones y colaboradores. Naturalmente, la generosidad de muchos católicos va entonces a parar a aquellas ONG's en las que es dogma que calles que trabajas por Cristo o por su Iglesia. Di que tu causa es humanitaria y guarda tu rosario y tus historias piadosas para tu propio consumo.

En ese contexto, ¿qué puede significar evangelizar?

No es de admirarse: para muchos cristianos, "evangelización" es sencillamente nuestro nombre para lo que todo el mundo está haciendo: promoción humana, filantropía, lucha contra la injusticia y la discriminación. Según ellos la manera de "acreditarnos" ante esta sociedad humanista es siendo campeones en los servicios humanitarios aunque sin reemplazar a las instituciones estatales para la educación y la salud, que eran como los dos grandes baluartes de la Iglesia.

Y eso último, esa excepción me llama la atención: si una ONG católica ayuda a gente sin techo, eso se ve bien; si luego de ayudarles a conseguir techo quiere educar sus hijos, eso ya es educación "católica" y puede ser visto sólo como un

negocio de régimen privado no como un servicio. Dar pan es humano, predicar es católico; lo humano se puede donar; lo católico se tiene que vender.

Entramos en ese juego y ese esquema cuando luchamos y sudamos por ser políticamente visibles o socialmente relevantes. Es un error: nos dan la primera plana de los periódicos y nos dejan espacio en los programas de noticias al precio de que callemos lo único que nos da razón de ser: presentar a Jesucristo, "y este crucificado."

12. Duodécimo Error: Suponer que veremos la cosecha

Después de todo este recorrido, vamos a mirar con los ojos de la mente una sociedad del futuro, sellada genuinamente por la fe cristiana: algo que con mucha probabilidad no verán estos ojos de nuestro cuerpo. ¿Qué encontramos?

En esa sociedad cristiana por convicción veríamos que los niños reciben una catequesis seria y razonablemente completa en sus escuelas y parroquias; los sacerdotes, a su vez, han recibido en el Seminario una formación espiritual, intelectual, pastoral y humana que les da los elementos fundamentales para cultivar su propia vida interior, mantenerse al tanto de los acontecimientos del mundo, y actualizar y afianzar periódicamente sus principios y conocimientos básicos de teología. Movidos de celo por la evangelización, intentan, a través de los medios tradicionales o modernos, cuidar del bien espiritual de los que ya creen y atraer a los que se sienten dudosos en la fe o distantes de la vida de Dios.

Las comunidades religiosas, afianzadas en sus propios carismas y siguiendo con fervor de espíritu sus propias reglas y constituciones, son testimonio pluriforme de la gracia del Espíritu Santo. Sus obras de evangelización y de misericordia dan un toque de novedad inagotable, que deja ver la riqueza del Evangelio y que invita a experimentar la seducción de la Divina Gracia.

Delante de estas comunidades llenas de vida, los obispos se esfuerzan en mantener viva la llama de la fe y en alentar a todos los que sirven de modo particular al Evangelio, empezando desde luego por sus presbíteros y diáconos. Reconocidos como hombres de oración y como incondicionales del Evangelio, predicán a tiempo y a destiempo, defendiendo especialmente los intereses de los más pequeños y cuidando que a todos llegue con abundancia el Pan de la Palabra.

Sin embargo, todos saben por quiénes palpita con más fuerza el corazón de estos sucesores de los apóstoles: por las nuevas vocaciones. Son incontables los desvelos y es admirable la solicitud de estos obispos por su seminario, aunque bien es verdad que ello no les impide atender a las múltiples necesidades de todo su clero, con particular solicitud para con los sacerdotes que están pasando por momentos de dificultad, son de edad avanzada, se hallan enfermos, o están en mala condición económica.

Las familias viven su fe de manera sencilla y a la vez profunda. El ritmo de su parroquia o de las comunidades de fe que frecuentan va acompañando y marcando el ritmo de su propia vida. Los niños pronto aprenden que la fe, la esperanza y el amor son realidades vivas y que inciden en las decisiones que la familia toma. Los jóvenes encuentran que lo mejor de sus fuerzas y de sus talentos es requerido frente a un mundo que ofrece tantas posibilidades pero que también entraña riesgos y engaños. Los ancianos maduran a la luz serena de la oración la sabiduría que han ido recogiendo y participan discreta pero significativamente en la vida de la familia y de la sociedad.

Este cuadro no es una fantasía. Sucederá, y yo pienso que sucederá de nuevo en Europa; aunque el camino sea largo. El error sería pretender verlo mientras vivimos aún en esta tierra.

El ideal de vida de la Iglesia es siempre nuevo y a la vez siempre el mismo. En su hermosa sencillez refleja el acto bello, de inagotable amor, por el que el Padre envió su Hijo al mundo, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna.